

LA NOVELA FILM

N.º 45

30 cts.



LOCURA, IMPRUDENCIA Y ABANDONO

LA NOVELA FÍLM

de J. Sanjuán Vila y J. Sanjuán Vila

Año 1.º - Número 1.º - 1948

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

La Novela Fílm



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7. - BARCELONA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7. - BARCELONA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7. - BARCELONA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7. - BARCELONA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7. - BARCELONA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 45

Prohibida la
reproducción

Locura, Imprudencia y Abandono

Comedia dramática americana, notablemente interpretada por los populares artistas

LOIS WILSON - LILA LEE
JACK HOLT
CONRAD NAGEL



PARAMOUNT PICTURES
CORPORATION

EXCLUSIVA DE SELECCINE S. A.
Programa AJURIA

LA NOVELA FILM

Revisado por
Adolfo Muñoz y BARCELONA

Nº 45

Año II

Locura, Imprudencia y Abandono

Con el patrocinio de
la Asociación de
Amigos del Cine

El Cine - La Luz
Jack Point
Cine y Teatro

Organizado por
la Asociación de
Amigos del Cine

Exposición de
la Asociación de
Amigos del Cine



Locura, Imprudencia y Abandono

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En el séptimo aniversario de su boda, Margarita, la esposa del ilustre abogado Roberto Meredith, no sabe de qué medios valerse para hacer revivir en su marido el fuego de aquel intenso amor de los primeros meses, que, a pesar de conservarse intacto, parece haberse extinguido, ahogado por las preocupaciones de los múltiples asuntos que tiene entre manos constantemente.

Y Roberto, absorbido por sus estudios legales, diríase que piensa, a juzgar por su conducta con ella, que, para él, su mujer es como un pleito que una vez que se gana no hay para qué volver a ocuparse de él.

Margarita prepara a su marido una sorpresa en tan grata ocasión, y no se le ha ocurrido nada mejor que presentarse ataviada con las albas galas nupciales.

Roberto no cae en el sentido de la idea de su esposa, y se limita a besarla como de costumbre y a dirigirle algunas palabras huecas de expresión...

—¿Con el velo de boda, eh?... Bien, bien. Voy a terminar unas notas antes de que se haga tarde.

Margarita y Roberto tienen una hija. Se llama Peggy, no pasa de los cuatro años y se preocupa más de sus muñecas que de los asuntos de sus padres.

Pero aquel día, como ve a su madre contemplando su vestido de novia, no repara en su tristeza y le pregunta:

—¿Vas a ponértelo, mamita?

—No, a papáito ya no le gusta este. He comprado otro para estrenarlo hoy.

En este momento se presenta a Margarita la niñera de Peggy, María, una huérfana de la guerra a la que aquélla ha recogido.

María profesa a Margarita un profundo cariño, y a Peggy un amor casi tan grande como el de su misma madre.

—Señora—le dice—, acepte en este cubrecama de punto que he hecho yo misma, una pequeña prueba de mi gratitud por lo que usted ha hecho por mí.

—Muchas gracias, María. Tienes unas manos muy hábiles. Y eres muy buena. Tu regalo se lo pondré a la cama de Peggy.

Un lazo de sincera, franca y profundísima amistad une a Roberto con Julián Osborn, su compañero de la infancia.

Julián, de temperamento fogoso y carácter extraordinariamente alegre e inquieto, sin preocupaciones que ocupen su imaginación, gracias a sus cuantiosos medios de fortuna, es la antítesis de Roberto, su complemento; quizás esté en ello la explicación de su nunca interrumpida amistad.

Julián también tiene esposa. Esta se llama Lila. Para ella, amor y vida se expresan con una sola palabra: Julián.

Pero la única mujer en el mundo cuyo profundo conocimiento del corazón de Julián, es tan grande como su amor por él, es su madre, la señora Osborn.

Lila, siempre en busca de motivos para serle agradable a Julián, le ofrece aquella noche, mientras él acaba de vestirse para acompañarla a ella y a su madre a casa de Margarita, una florecilla para el ojal de su frac con el deseo de recibir en premio un beso.

Julián, con esa brusca naturalidad común en ciertos hombres, rechaza la fineza.

—Yo no quiero flores, mujer... Comprendo que te gusten en los búcaros del salón, pero no encima de mí.

Lila se resiente del chasco de su marido y se aparta de él con inequívocas muestras de disgusto.

La señora Osborn advierte el enfado de su nuera y se pone al habla con su hijo.

—¿Qué le has hecho a Lila, Julián?

—Yo, nada, mamá. Se empeña en cubrirme

de flores, y porque le he dicho que no me gustan se enfada conmigo.

—Los antiguos cubrían a sus ídolos con guiraldas de flores, hijo mío; y tú eres el ídolo de Lila.

Luego la señora Osborn toma por su cuenta, a solas, a Lila.

—Querida, cuando Julián era un niño, ja-



—Yo no quiero flores, mujer... Comprendo que te gusten en los búcares...

más cogía las manzanas del suelo: siempre subía por ellas a las más altas ramas del árbol. Es cuestión de temperamento; siempre le atrae lo más difícil. No le prodigues demasiado tus besos: él te los agradecerá más, cuanto más

esfuerzos tenga que hacer para conseguirlos.

—¡Oh, mamá!, ¿me propone usted que disimule a Julián que le adoro?

—Sí, hija mía; no seas tan vehemente con él... Deja que sea él quien te pida un abrazo... Hazte valer.

—Lo haré desde esta noche. Por de pronto, permitiré que cargue él solo con los paquetes de los regalos a Margarita.

Y así empieza Lila su transformación.

Margarita libra la eterna batalla femenina, adornándose con un nuevo traje adquirido especialmente para estrenarlo en este para ella memorable día, con el fin de agradar a su marido.

Peggy encuentra guapa a su madre y le dice:

—Cuando papá te vea con este traje tan bonito, se pondrá muy contento.

—¿Crees, hijita, que le gustará a papaito?

—Sí, mamá, porque es muy elegante. Adiós, mamita, me voy a acostar en seguida; no quiero que se enfade María.

Roberto sigue trabajando hasta la llegada de sus amigos.

Una hoja de papel con dibujos de la niña, dedica al abogado una sentida prueba de cariño.

Unos trazos irregulares dicen:

*Deseo a mi querido papá muchas
felicidades en este día.*

Entonces se acuerda Roberto de que debe regalar algo a su esposa, y entra de nuevo a su despacho para salir poco después de él con un sobre conteniendo un cheque de unos centenares de dólares.

El abogado saluda efusivamente a sus amigos, y delante de ellos entrega a Margarita—que aparece bellísima por la escalera de las habitaciones superiores—su regalo, a la par que le dice en un tono normal que no es el que ella esperaba:

—No te había visto nunca con ese traje.

Afortunadamente, sus amigos son más afectuosos que su esposo, y el mal efecto que la frialdad de éste ha producido en ella, se oculta mejor.

Julián ha obsequiado a Margarita con una magnífica cesta de flores, de entre las cuales aquélla saca una tarjeta, en la que lee:

*Para la mujer de mi amigo
y amiga de mi mujer.
Del amigo de su marido
y marido de su amigo.*

—Eres muy explícito, Julián—le dice Margarita, agradecida a la atención.

Julián, mientras Lila y su propia madre conversan con Roberto, murmura a la festejada:

—Estás encantadora esta noche, Margarita.

Si Roberto no fuera tu marido, creo que me enamoraría de ti.

Esas frases galantes suenan bien al oído de la "olvidada", que entristece al recordar su "infelicidad".



...que aparece bellísima por la escalera de las habitaciones superiores.

A medida que avanza aquella perfumada noche de primavera, la esposa enamorada siente más agudizado el dolor de la herida que pro-

duce en su corazón el aire de indiferencia de su marido.

Para animarse a sí misma, Margarita propone una diversión.

—Esto no es un funeral, muchachos. Vamos a bailar. Siquiera por esta noche quitémonos siete años de encima.

Y Margarita desea en el alma que su mari-



—Si Roberto no fuera tu marido, creo que me enamoraría de ti.

do acceda a su pretensión.

Mas no es así, pues Roberto se disculpa con su trabajo.

—Supongo que bailar contigo no tendrá para ti ningún aliciente, querida; pero me pa-

rece muy bien tu idea. Sin embargo, como tengo mañana una causa muy importante, voy a dedicarme un rato a ella... Además, Julián baila mucho mejor que yo. Perdonadme, amigos, si os dejo solos con mi mujer. Estoy atareadísimo. Avisadme cuando penséis marcharos.

La determinación de Roberto no deja de sorprender a sus intimos, pero como no es la primera vez que eso sucede, no le dan la misma importancia que le atribuye Margarita.

Esta, quedándose un momento a solas con Julián, se lamenta de la actitud de su marido.

—¿Has visto? Esto es terrible; a Roberto ya no le intereso lo más mínimo.

—No estaría bien que hoy te enfadases, Margarita. Olvida, mujer... Deja a tu marido que trabaje hasta que lo rinda el sueño... Ya sabes como es...

A veces, un hecho cualquiera es la causa que provoca una insana tentación y la contemplación de la belleza y del tierno corazón de Margarita, de los que su marido parecía olvidado, la hizo surgir, como un relámpago, en el vehemente corazón de Julián, ahogando en él por un momento, conciencia, lealtad y honor.

—Realmente, no comprendo lo de Roberto, Margarita. ¿No me explico cómo puede ningún hombre estar junto a ti sin adorarte!

La "olvidada" fija sus ojos en los de Julián, y ve en ellos la llama del pecado.

—¿Qué dices, Julián!

El amigo de su marido parece no oírla y se acerca más a ella para besarla.

— ¡Por Dios, Julián! ¿Estás loco?

El atrevido reacciona y se apresura a disculparse.

— ¿Te has enfadado conmigo?

— Tu locura merece más que eso... Déjame. Si Lila te hubiera visto... no lo quiero pen-



...y la contemplación de la belleza y del tierno corazón de Margarita.

sar...

— Perdóname...

— Aparta... Debemos reunirnos con tu mujer y tu madre...

Lo hacen.

En este preciso instante, Lila recibía el siguiente telegrama.

Tu padre enfermo. No hay gravedad pero debes venir inmediatamente.

Tía Betty.

— ¡Qué contrariedad, Julián! Debo ir a ver a papá. Saldré mañana temprano. Creo que deberíamos marcharnos a casa ahora mismo, para preparar mis cosas y descansar un poco. Ya nos dispensarás, ¿verdad, Margarita?

— Esperad. Avisaré a Roberto—dice Margarita.

El abogado se entera de lo que pasa, y hace votos por que el padre de Lila se restablezca pronto.

Al despedirse de sus amigos, Lila le dice a Roberto:

— Supongo que tendré que estar bastantes días al lado de mi padre. Ya sé que su madre cuidará bien a Julián durante mi ausencia, pero ella no puede salir a todas partes con él... Cuento contigo para que no le dejes que se aburra.

— Ya sabe él que no tiene que pedir permiso para entrar en esta casa... Y me alegraré de que venga con frecuencia, porque yo voy a estar tan ocupado estos días, que no me quedará tiempo para nada, y así se acompañarán mutuamente Margarita y él.

Margarita quisiera protestar, mas la prudencia le impone silencio.

Julián, al contrario, celebra el capricho del destino...

Margarita, ante el inconsciente y para ella dolorosísimo desvío de su marido, y mujer al fin, no podía negarse a sí misma que en el fondo de su corazón, a pesar de su enfado con Julián, había un sentimiento de gratitud (muy tenue, es cierto, pero indudable) hacia el hombre que le había demostrado que aún era capaz de inspirar amor y admiración. Convencida de ello, ha tratado de evitar la compañía de Julián durante los últimos días, a pesar de lo convenido con Lila la víspera de marcharse ésta al lado de su padre; pero aquella tarde, el mismo Roberto ha invitado a cenar a Julián con el fin de asistir después a un baile en el Country Club.

Momentos antes de llegar Julián a casa de sus amigos, una criada recibe una comunicación telefónica y se la transmite a Margarita.

El señor acaba de telefonar que a causa de un asunto inesperado tiene que quedarse esta noche en la ciudad, y que la señora puede ir al baile con el señor Osborn.

Ni que decir tiene que Margarita se enoja profundamente contra su marido, que más caso hace de sus asuntos que de ella.

Julián procura hacerse perdonar sin recelos por Margarita, y él con su alegría le demuestra que ya no se acuerda de su torpe atrevimiento de unos días antes.

La "olvidada" le recibe con menos prevención que desde entonces, contagiada de su buen humor, y le dice:

— Roberto no puede venir. Ha tenido que quedarse en la ciudad... Puedes cenar aquí conmigo, pero luego tendrás que ir solo al baile. Yo no quiero ir sin él.

Julián no se aviene a lo último.

— ¿Qué mal es que vayas al baile conmigo?... ¿No sabe todo el mundo quienes somos?... Además, Margarita, me parece una tontería que te dediques a aburrirte, porque a tu señor marido le dé por posponer a sus prosaicos asuntos su encantadora mujer... ¿Tú sabes si es que tiene alguna enfermedad en la vista?... ¡Créeme, Margarita, yo en tu caso iría al baile!

Julián habíase acercado más de la cuenta a la esposa de su amigo, acariciándole los brazos con sus manos. Margarita ha tolerado inconscientemente tal libertad; y cuando la rechaza, el criado de la casa, que viene a anunciarles que la mesa está puesta, la ha visto ya, aunque finja lo contrario.

Durante la cena, Julián insiste en conducir a Margarita al baile, y ésta, un poco por falta de firmeza en sus decisiones y mucho por despecho hacia Roberto, accede a ello.

Después de haber bailado casi todos la noche juntos, Julián acompaña a Margarita a su casa, donde llega a la una y media de la madrugada.

Al parecer, Margarita ha perdonado definitivamente a Julián, que exclama al regresar de la agradable velada:

— Hacía mucho tiempo que yo no había pa-

sado unas horas tan gratas como las de esta noche, Margarita. ¡Cada vez me explico menos la indiferencia de Roberto!... Aun es muy temprano; ¡por qué separarnos tan pronto?...

Es hora ya de retirarse, Julián...

—Hace una espléndida noche de primavera para dar un paseo en automóvil. El panorama que se divisa desde mi cabaña de caza debe



—¡créeme, Margarita, yo en tu caso iría al baile!

estar magnífico a la luz de la luna... Desde aquí no hay más que cuarenta kilómetros. Antes de las tres y media estamos de vuelta.

Margarita se resiste a complacer a Julián,

mientras María la observa por pura casualidad, oculta de ella.

Y, por una de esas imprudencias que después de realizadas suelen parecer incomprensibles al mismo que las ha cometido y que sólo se explican por la terrible atracción que la proximidad del abismo ejerce en ciertos espíritus, Margarita, a pesar de darse cuenta del peligro a que con ello se expone, acepta imprudentemente la idea de aquella extemporánea excursión.

Hora y media después, había ya recorrido el automóvil de Julián los cuarenta kilómetros que separan su cabaña de caza del hogar de Margarita.

Julián, entusiasmado, muestra el paisaje a Margarita.

—¡Ves qué admirable resulta esta visita del lago a la luz de la luna?... No merecía la pena de un par de horas de camino?... Entremos a descansar un momento antes de volver.

Margarita penetra sin temor en la cabaña. Julián alumbra el hogar, y ambos se sientan para platicar, en un sofá.

Ambos creen que nadie les ha visto llegar allí, y no se equivocan; pero en aquella soledad hay dos personas que tienen el sueño muy ligero: el guarda y su mujer.

El primero, intrigado por la llegada de un automóvil junto a la cabaña de caza, se levanta de la cama y le dice a su mujer.

Voy a ver quién anda en la cabaña.

Cuando el buen hombre llega a ésta, atisba

el interior a través de una ventana, y ve a Julián haciéndole el amor a una dama de la que no ha podido ver la cara.

—No estaría bien que los molestase...—se dice el guarda.—Y se marcha de allí.

Lo que éste había visto era la consecuencia de la continuación de la locura de Julián, quien, bajo la influencia de la noche romántica, pretende la ruindad de conquistar a la mujer de su mejor amigo.

Margarita se ha abandonado por un momento en los brazos de Julián, mas reacciona cuando éste hace ademán de pretender besarla. La vista de una fotografía de su marido con su hijita, que está en una mesita detrás del sofá, la devuelve a la realidad.

—¡Por Dios, Julián!... ¡Por mi hija, por mi marido que es tu mejor amigo!—le implora Margarita.

Julián se recobra, a su vez, y se arrepiente de la reincidencia en su falta de caballerosidad y nobleza.

Margarita, llorando amargamente, objeta al íntimo de su esposo:

—¿Cómo te has atrevido, Julián!... Pero no, no tengo derecho a recriminarte... ¡Yo, yo soy la única culpable de haberme expuesto a esto!... ¡Nosotros dos ya no tenemos derecho ni a vivir, Julián! Tú, por haberte olvidado de que soy la esposa de tu mejor amigo, y yo, por haberte dado ocasión de demostrártelo... ¡Vámonos de aquí, Julián; llévame pronto a mi casa!

—Si, Margarita: cuando quieras...

En tanto, el guarda, de regreso en su vivienda, le dice a su esposa:

—Es don Julián con la señora. Esta noche-cita encantadora debe causar estragos en ellos, porque estaban más arrimaditos el uno al otro...

—¡Qué ocurrencias tienen los señores! ¡A estas horas, hechas para el descanso, se pa-



—¡Por Dios, Julián!... ¡Por mi hija!...

sean aún en auto!... Pero oye, tú... No puede ser la señora del amo, porque ella está en Nueva York con su padre.

—¡Ah! Tienes razón, Hermenegilda... Lo mejor es que no nos acordemos de nada de esto, ¿entiendes?

—Descuida, Policarpio. ¡Vaya un don Juliánito!

—Cállate... Estas son cosas de hombres...

—De hombres, no... de síu...

—Punto en boca... y a dormir.

Así aprendió Margarita, a su propia costa, la amarga verdad que toda mujer buena debe saber: que las imprudencias como la suya, después de cometidas, dejan frío en el alma y torturan el corazón con angustias de muerte.

De vuelta a su hogar, Margarita ve un papel manuscrito de Peggy en el que la niña le dirige este tierno ruego:

Mi querida mamá

Bésame cuando vengas a casa.

La madre rompe a llorar llena de arrepentimiento, y acude al cuarto de la criatura para complacer su deseo. Sus labios se le van hacia la tierna carita, mas una voz se alza autoritaria en su interior ordenándole se abstenga siquiera de rozar al inocente ser, negándole tal derecho.

María, la nifera de Peggy, observa a su "señorita" con cautela, y llora al verla llorar. ¿Acaso comprende lo ocurrido?

Julián no era malo. Lo suyo había sido una locura de momento, de la que él mismo se

avergonzaba ya; y al llegar a su casa, recordado ya el juicio, le resulta imposible mirar a su madre—que lo ha estado esperando leyendo—a los ojos: ¿es la primera vez en su vida que se cree en el caso de ocultarle algo!

—Madre...—pronuncia respetuosamente Julián para despertar a la señora Osborn, que se ha adormecido sobre el libro.



...mas una voz se alza autoritaria en su interior...

—¿Eres tú, hijo mío?... ¿Cómo viniste a tan altas horas de la madrugada?

—El baile se ha terminado muy tarde, y después nos hemos entretenido charlando sin darnos cuenta de la hora que era ya.

La señora Osborn sospecha algo de la realidad, porque la noche aquella de la celebración del séptimo aniversario del matrimonio de sus amigos, vió el enfado de su hijo con Margarita y el desagrado con que ésta escuchó la respuesta de su marido al ruego formulado por Lila.

—Noto en ti algo extraño, hijo mío—confiábase a Julián—Supongo que no me ocultas nada; pero ten cuidado, que el mundo está siempre dispuesto a prestar oídos a la murmuración, y muchas amistades, tan firmes como la tuya con Roberto, se han ido al traste por una simple indiscreción! ¡Cuántas veces, las mayores desgracias son acarreadas por una simple imprudencia! Basta que la murmuración se apodere de ella.

—No... no te oculto nada, mamá...

La guardesa de la cabaña de caza de Julián, tiene una hermana a la cual confía en secreto una noticia que, a juzgar por las maliciosas sonrisas de las dos, debe ser interesantísima; dicha hermana es cocinera de una de las amigas de Lila. ¿Tiene algo de particular que a una amiga cariñosa le falte el tiempo para ir a visitar, al día siguiente de su llegada, a la amiga que ha estado ausente?

Oye, querida, ¿tú tienes absoluta confianza en tu amiga Margarita, la mujer de Roberto Meredith?

Lila se sorprende de la pregunta, pero como no ha pasado jamás por su mente que su ma-

rido pueda faltar a sus deberes conyugales, responde a esa curiosa amiga:

—Margarita es mi mejor amiga y no acierto a explicarme por que me habla usted de ella con preámbulos.

—Es que... yo vi a Julián y a Margarita salir del baile a la una y media, y a las tres él estaba acompañado de una dama en su cabaña de caza.

—¿Usted cree que eran ellos... que era Margarita?

—Naturalmente que no podía ser Margarita, porque la escena que él iniciaba cuando el guarda los vió, no era muy platónica.

—Está bien... Yo sabré la verdad...

—Los hombres, todos son iguales, querida... Pero te tengo mucho cariño para tolerar en silencio que te engañe tu mejor amiga. Adiós, monina. ¿Te enfadaste conmigo?...

—¿Enfadarme, Celestina?... ¡Después del favor que tu cariño me acaba de hacer!...

Y Lila espera impaciente a su marido, el cual llega a su presencia con su madre.

—¿A qué hora llevaste a Margarita a su casa el jueves por la noche, después del baile?—le pregunta procurando no dejar traslucir sus celos.

Julián, puesto en guardia instintivamente, contesta sin vacilar:

—A la una y media.

—El guarda te vió en la cabaña enamorando a una mujer, a las tres de la mañana. ¿Llevaste allí a Margarita?

—La mujer no era Margarita.

—¿No era ella?... ¿Lo dices honradamente?...

—No lo era, Lila... Fue una locura mía provocada por tu ausencia, la que me indujo a llevar en mi auto hasta nuestra cabaña a una mujer que ni siquiera conoces...

—Y serás capaz de creer que yo voy a seguir viviendo contigo después de esto!

La señora Osborn interviene en son de paz en el grave caso de sus hijos, y, dolorida, reconoce para sí misma que Julián ha comprometido a Margarita.

Simultáneamente, la cariñosa amiga de Lila, que lo es asimismo de Margarita, la visita al salir de casa de la primera, y, tras de breve prólogo, ataca:

—¿Qué te parece, querida? Lila acaba de enterarse de que a su marido le vieron el jueves por la noche con una mujer en su cabaña de caza.

Margarita aparta sus ojos de los de la insidiosa amiga, para que ésta no descubra que ella era la mujer desleal, y Roberto, que, fumando una pipa en la terraza de su casa, lo ha oído todo, se mezcla en la conversación.

—Margarita puede probar que eso es una vil calumnia, pues Julián estuvo con ella esa noche en el baile del Country Club.

—En efecto—afirma Margarita.

—Y, a propósito, como hace días que no nos reunimos, debemos decirles que vengan esta noche y haremos un poco de música... Voy a

llamar a Julián por teléfono—prosigue Roberto.

—Yo, con el permiso de ustedes, me voy—dice la amiga.

Margarita lee en el semblante de Celestina la satisfacción que le causa el mal que ha hecho, y respira a sus anchas cuando desaparece.

Cuando Roberto coge el aparato telefónico para telefonar a sus amigos, su mujer, para evitarse el frente a frente con Lila, se atribuye una falsa horrible jaqueca. No obstante, el abogado insiste en invitar a sus amigos, convencido de que la reunión combatirá eficazmente el dolor de cabeza.

* * *

—Si no era Margarita y la cosa fué tan inocente como dices, ¿por qué no quieres decir quién era ella?—insiste Lila, enojadísima.

En este momento, Roberto llama a Julián por teléfono.

—...

—...Temo que Lila no se sienta bien esta noche para ir.

Lila arranca de las manos de su marido el aparato, y contesta contrahaciendo su tono normal, muy dulce:

—¡Hola, Roberto!... Soy Lila... No, nada,

son contertulos de Julián. Iré encantada... Hasta luego, y gracias.

Luego Lila planta a su marido con su madre y se encierra en su habitación... para meditar.

La señora Osborn toma entonces por su cuenta a su hijo, y con sabias maneras lo conduce a confesarle la verdad.

—Sí, mamá; era Margarita.

—Me lo figuraba, Julián... ¿Qué has hecho, hijo mío?

Fué una locura de un momento, madre mía. Tú sabes que yo jamás te he oculto cosa alguna; pues bien, yo te digo que ella es inocente, y que nada ocurrió, fuera de mi falta de caballerosidad. Yo mismo no comprendo ahora cómo pude perder la razón hasta ese extremo, exponiéndome a arrastrar mi honor por los suelos y a destruir cuatro vidas... Pero este es, precisamente, mi castigo. ¡Nadie creerá la verdad! ¡Nadie querrá admitir que la cosa no pasó de un arrebató momentáneo mío, del que afortunadamente me di cuenta a tiempo!... ¡Pobre amigo mío y pobre Margarita!... ¡Y todo por mi culpa!

—En estos momentos es cuando más necesitas de tus energías de hombre para luchar, no contra el mal que has hecho, porque éste ya no existe, sino contra el mal que nos hacen: la calumnia.

—Me da miedo advertir a Margarita de que se habla de nosotros; probablemente, nada se

conseguiría con decirselo, y podría ella traicionarse a sí misma.

Y llega la noche, y, con ella, la reunión de los cuatro amigos; y Julián está plenamente convencido de que su mujer sólo espera el momento de estar segura, para arremeter, enloquecida por la pena, contra él y Margarita.

Las pocas palabras que se cruzan las dos



—En estos momentos es cuando más necesitas de tus energías de hombre para luchar...

amigas son exageradamente forzadas. El despecho cubre las de Lila y las de Margarita el temor.

Roberto y Julián, aislados en el cenador del jardín, inmediato al salón, para fumar libremente, hablan también escasamente.

El abogado advierte el silencio de su amigo, su preocupación y su aturdimiento, y no puede por menos de decirle:

—Hasta mí también ha llegado ese chisme idiota, pero no te preocupes por ello, Julián. Tus amigos, tus verdaderos amigos, no lo crearemos jamás.

Julián agradecía en el alma la innmerecida confianza que le dispensaba su íntimo.

Pero las mujeres, menos discretas, provocan el drama.

Lila no puede aguantarse más, y acusa a Margarita.

—¿Por qué no cantas un dúo con Julián?... El que cantabáis el jueves en la cabaña, por ejemplo...

Margarita se rebela llena de angustia.

—Eso no es cierto, Lila; yo sé lo que tú estás pensando, pero no es cierto.

—Tú misma te has traicionado más de diez veces esta noche. ¡Tú eres la mujer que Julián llevó a la cabaña!

—Callaos, muchachas, callaos!—ruega la señora Osborn para evitar que los maridos se enteren de la disputa.

Lila no cesa de gritar, acosada por los celos, y fuerza es que Roberto y Julián tomen cartas en el asunto.

—¿Qué pasa?—pregunta el abogado a quien Margarita se abraza.

Julián intenta hacer desistir a Lila de su intento de aclaración en presencia de la pregunta culpable, mas no lo consigue.

—Pregúntale, anda, pregúntale a tu mujer a dónde fué con Julián después del baile...—dicele Lila a Roberto.

Margarita responde en el acto.

—Después del baile, Julián me trajo a casa a la una y media.

—Sí, ya lo sé, Margarita, ya lo sé...

—Pero después se fueron a la cabaña.

—Cualquier cosa que yo hiciera después de traer a Margarita a su casa, es asunto exclusivamente mío.

—Tú mientes; mientes para defenderla!

Llegada a este extremo la discusión, Roberto se inclina a una idea excelente para que brille la inocencia de su esposa y Lila comprenda su error.

—Siento mucho que me hayáis obligado a pasar por la humillación de interrogar a los criados pero voy a hacerlo, para convencerte, Lila, de tu error y de que debes pedir perdón a Margarita por haber sospechado de ella.

Y Roberto pregunta al criado, que, como se recordará, vió a Margarita con Julián en postura poco tranquilizadora para el marido.

—Tu cuarto da a la calle. ¿A qué hora vino la señora el jueves por la noche?

—Oí llegar el auto a la una y media, señor, y a los diez minutos marchar. Después me dormí, pero a las tres y media o las cuatro, me despertó el ruido de un auto que llegaba a la casa. Pensando si sería el señor, me asomé a la ventana, y vi al señor Osborn despedirse de una mujer que entraba en casa. No pude

ver quién era ella, señor: estaba muy oscuro.

Lila acusa sin piedad, cegada por el despecho.

—Ella es culpable y todos vosotros estáis tratando de defenderla... Pero yo me iré para siempre de casa de Julián, y haré saber al mundo entero la clase de mujer que eres tú.



—Pero después se fueron a la cabaña.

La situación es terrible para ambos matrimonios.

La aparición de María, la niñera de Peggy, proporciona a Roberto el motivo de interrogarla:

—¿A qué hora vino la señora el jueves por la noche?

—A la una y media.

—No volvió a salir después?

María se compadece del dolor de la madre de la criatura en quien ella adora, y niega que Margarita volviera a salir.

Roberto, intrigado, pregunta severamente:

—Una mujer salió de aquí después de la una y media con el señor Osborn, y regresó a las cuatro. ¿Quién era ella?

María, decidida a sacrificarse por la felicidad de los padres de la niña, se acusa a sí misma:

—Fui yo quien acompañó al señor Osborn.

Julián y Margarita ahogan una exclamación que parte de su corazón.

Lila se oculta para llorar en un rincón, y la señora Osborn admira a la pobre muchacha.

Roberto, indignado con su sirvienta, la despacha.

—Después de lo que ha pasado, usted debe comprender que yo no puedo dejar a mi hija a su cuidado. Debe, pues, marcharse usted cuanto antes.

María se aleja llorando con toda su alma, esforzándose en combatir las protestas que le dirige su honra sin mancha arrojada por ella en el fango...

Pero Margarita, buena siempre, demuestra que lo es aún, y confiesa la verdad:

—¿Yo no puedo consentir que María se acuse a sí misma! Yo fui la mujer que estuvo en la cabaña con Julián.

—¿Tú? ¿Es posible, Margarita?

Lila acomete de nuevo con sus duras palabras a su pobre amiga.

Julián espera resignado la suerte que le depara la fatalidad.

Su madre no vive, de amargura...

—Confieso que hice mal en salir de casa a esas horas, que fué una imprudencia mía; pero, ¡te juro que soy inocente, Roberto! ¡Soy tan digna de ti hoy como antes de ese día!

—Déjame, Margarita... Julián y yo hemos de hablar... Ven a mi despacho... Julián...

—¡Roberto, te lo juro por mi honor! Yo estaba loco indudablemente cuando me empecé en ir con tu mujer a la cabana aquella noche; y te confieso mi locura y me arrepiento de ella. ¡Pero Margarita ha dicho la verdad al decir que es inocente!

—¡Por tu honor!... ¡Y me hablas a mí de tu honor!... ¡Si ella no fuera culpable no dirías exactamente lo mismo?

—Tienes razón... Diría lo mismo... No hay esperanza de que ni tú me creas...

—¿Te ama ella?... ¡Dí la verdad!

—Margarita era desgraciada, porque tú la tratabas con una indiferencia absoluta y ella te ama con locura. Tu indiferencia y tu abandono la impulsaron quizás a cometer aquella imprudencia por instigación mía; pero, a pesar de todo, ella no te ha faltado ni siquiera con el pensamiento. Si mi muerte es necesaria para que creas, mátamme cuando quieras, Roberto, estoy dispuesto a ello.

—Toma... cumple con tu deber...

—Acepto tu arma, para quitarme la vida... pero antes quiero repetirte que te he dicho toda la verdad. ¡Si no me crees, sepultarás en la desgracia dos hogares que aun pueden ser felices! Y ahora...

—No, Julián... Tú no puedes mentir porque leo en tu conciencia que todo no ha sido más



Y, juntos los tres, renace en el pecho de los consortes aquel interno amor...

que una nube gris... Creo en ti, amigo mío, creo en ti y creo en ella. ¡A mis brazos!

—¡Oh, Roberto, mi amigo del alma, gracias!

—Olvidemos lo pasado... Una brizna de fuego es capaz, empujada por la calumnia, de de-

rrillar los más soberbios edificios... Va... Dile a Margarita que venga...

Julián complace a su verdadero amigo, y Margarita acude al lado de Roberto.

—Perdón... Perdón...—suplica ella.

—No, Margarita... Quiero estrecharte contra mi pecho... Los dos somos culpables, ambos tenemos que perdonarnos mutuamente: yo a ti tu imprudencia, que tan cara pudo costarnos a todos; y tú a mí mi indiferencia y mi abandono, en los que había caído por no haber sabido apreciar lo que para mí era tu amor.

—Papás, ¿se puede? —pregunta Peggy abriendo la puerta del despacho.

—¡Ven, nena de mi vida, ven a ver lo felices que son tus papaitos!—exclama Margarita.

Y, juntos los tres, renace en el pecho de los consortes aquel intenso amor de los primeros meses de su matrimonio.

Julián, con la ayuda de su madre, vence el rencor de Lila, y su reconciliación se consolida con la esperanza de una dicha sin par.

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA SENTIDIENTAL NOVELITA

La edad de la ambición

PRINCIPALES INTERPRETES:

Mary Philbin
Myrtle Stedman

EXCELENTE ASUNTO

Un aviso a las madres que se olvidan de sus hijos para seguir sus caprichos

PISTAL REGAL: GLORIA SWANSON

LA NOVELA FILM sale todos los Martes en toda España

30 CTS.

10 FOTOGRAFÍAS

Colediciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barbadá, 15. — BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el cuarto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM

Honrarás a tu madre?

No debe usted olvidarse de ello. Es lo más sentimental que se ha escrito y sus hermosas enseñanzas son útiles para todos!

¡Pida esta obra en todas partes

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos



NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-ESCENA
1	Los Cuernos de Santa Elena	El joven Montalvo
2	Las dos vírgenes	El Príncipe de Zenda
3	Valiente y tímida	La Esclava
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Las catástrofes de la mujer
5	Los esposos de los hombres ricos	Valerius Imperialis
6	Donde, El Pájar	Mary Clifford
7	En poder del enemigo	Thomas Hedgus
8	En la ciudad	Donna Barile
9	Gracias al cielo	Donna Barile
10	Por la puerta de servicio	Donna Barile
11	Mormonismo	Charles Ray
12	O tal vez	Virilia Marie
13	Como antes las mujeres	Parque Nacional (Francia)
14	La hija de la casa	Paul Bennett
15	Por volver a su madre	William Hall
16	Jugando con destino	Luisa de Aragón
17	El castillo encantado	William S. Ford
18	Las Alondras	Mary Miller Moore
19	De París a Milán	Donna Barile
20	El crimen del Milite de París	Donna Barile
21	La novela incontrolable	Donna Barile
22	El secreto profesional	Donna Barile
23	De casa a la escuela	Donna Barile
24	Reflexiones sobre la vida	Donna Barile
25	El casto del amor trágico	Donna Barile
26	El secreto	Donna Barile
27	El secreto del niño	Donna Barile
28	Liberta	Donna Barile
29	El secreto del niño	Donna Barile
30	El secreto de la casa	Donna Barile
31	El secreto de la casa	Donna Barile
32	El secreto de la casa	Donna Barile
33	La Novela	Donna Barile
34	La Novela	Donna Barile
35	Donna Barile	Donna Barile
36	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
37	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
38	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
39	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
40	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
41	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
42	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
43	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
44	La Novela de una novela de casa	Donna Barile
45	La Novela de una novela de casa	Donna Barile

HA SALIDO YA

EL SUGESTIVO ASUNTO

LOS HIJOS DE PARÍS

0

LA NOVELA DE UNA OBRERA

publicado en la popular

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Nadie dejará de adquirir

LA NOVELA DE UNA OBRERA

